

algo muy transitorio y evolutivo.

Ismael, tu has estrenado algunas de tus obras en Castilla-La Mancha y a través del candil, ese grupo pionero del teatro en la región, con su larga experiencia en este terreno... ¿Piensas que las autonomías a través de una acción cultural más directa han de traer ventajas a los que hacen teatro, escriben o hacen cultura desde aquí?

No tengo fe en un ente cultural si acaba cerrándose en sus fronteras. Mostrarse a través de sus "ejecutivos" como un coto cerrado, no aporta nada al mundo del teatro que tiende a universalizarse. Por el contrario, si potencia a los grupos de su comunidad y les brinda otros campos para su más amplia proyección, redundaría en beneficio de todos.

Di un sistema para que un buen montaje realizado en Castilla-La Mancha no llegue a perderse la oportunidad de ser estrenado en un escenario de esta misma comunidad.

La creación de salas estables en las distintas provincias de Castilla-La Mancha. Jamás se promocionará el teatro sin la creación de circuitos para representar.

Recuerdo muchos momentos en los que hemos estado juntos: estrenos de varias de tus obras (La vieja mecedora de sueños", "Huyendo de su meta", "San Pelele de los Espantajos"...), recuerdo el Homenaje a J. A. Castro en Talavera en el que vosotros colaborasteis con el montaje de "Plaza de mercado" que dirigiste tu mismo.. en fin, buenos momentos en los que hasta llega a premiarse la labor que estás realizando. Pero luego está la lucha diaria con las instituciones (de las que, al parecer hay que depender necesariamente), la incompreensión del público en algunas ocasiones, etc... ¿No has pensado alguna vez que hacer teatro (hoy) o escribir para teatro es una solemne tontería?

No solamente lo pienso; sino que en mi caso, careciendo de medios para llegar al teatro comercial, lo creo rotundamente. Pero con esas tonterías, los que gustamos de hacer teatro (es decir, el tonto) tenemos algo por lo que diferenciarnos de tanto listo...

Puede ocurrir también que la propia inercia de haber hecho teatro y de seguir haciendo (a pesar de todo) lo lleve hasta el punto de continuar aún a sabiendas de que lo único que tiene en perspectiva es el fuego en el que ha de quemarse definitivamente.

En el fondo nos gustan los mitos. Se huye de ese laberinto de materialismo para aproximarnos a la luz. Nos valemos de las alas que nos depara Talía, nos acercamos al **TEATRO**, descubrimos que nos engañan: se derrite la cera con la que nos alentaba la Administración de turno y caemos al suelo como Icaros imbéciles.

Cuando escribes una obra en qué es en lo que más te detienes a pensar: ¿en los medios técnicos, en los medios humanos, en los protagonistas de carne y hueso que ya conoces...?

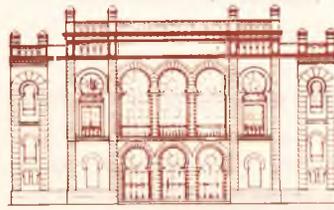
Cuando escribo no pienso más que en mi grupo. Este hecho me condiciona bastante: limitaciones en el reparto, un pobre equipo técnico, escasos me-

dios económicos, el posible desplazamiento por pueblos sin la adecuada infraestructura... Pero dentro de ese corsé hay un reto para la imaginación y el ingenio. Eso es inquietante, atractivo. Y luego, el acierto de haber creado personajes que se acoplan como guantes a tus compañeros. Escribir papeles para ellos y para ti, conociendo las características, la capacidad de cada cual, puede propiciarte grandes satisfacciones.

¿Sigues habiendo sobre nuestros escenarios muchos cómicos de la legua?

Lo que hay, fuera de los escenarios, son demasiados cómicos de la "lengua"...

Angel G. de la Aleja



EDUARDO.— Además, no podrías entretenerte en hacer albóndigas.

ARRECIO.— Eso no se hace. Eso es de maleducados. Eduardo, cuando un niño hace esas cosas está expuesto a ir al Infierno. ¿Sabes lo que es el Infierno?

EDUARDO.— ¿El Infierno? No lo mientes.

ARRECIO.— Es una lumbre muy grande, muy grande tan grande, que sólo pueden soportarla los muertos.

EDUARDO.— ¡Calla! No me asustes. (SOLLOZA).

ARRECIO.— Sólo te aconsejo, soy mayor que tú.

EDUARDO.— Los mayores no deben dar consejo.

ARRECIO.— Darlos, no; los venden. Yo a ti, en cambio, no te cobro nada. Saca dedos.

EDUARDO.— ¿Para qué?

ARRECIO.— Para jugar al parchís.

EDUARDO.— No quiero.

ARRECIO.— ¿Por qué?

EDUARDO.— (LEVANTÁNDOSE MUY NERVIOSAMENTE SE PONE A PASEAR) Porque es un juego burgués, estoy harto de juegos burgueses. Eso no es lo tratado. Dos y tres cinco, cuatro y una cinco; dos y dos, cuatro; tres y tres, seis. Siempre con los números a cuestas. Sabes que nos propusimos aborrecer el mercantilismo, el cálculo y la aritmética. Los números sólo traen egoísmo, el egoísmo dinero y el dinero la locura: peseta, peseta, peseta...